

EL ÁRBOL AZUL

Carolina Hidalgo Echeverri*
(1er Fragmento de Novela Experimental)

Resumen:

Este escrito está fundamentado en la estructuración de unos trozos elaborados de manera delirante, vertiginosa, en los cuales son evidentes las rupturas de conciencia y los exabruptos sintácticos; los saltos y las referencias a textos literarios, a vivencias alucinantes, al esfuerzo por convertir en lenguaje todo aquello que ha sido elemento vital de nuestra generación, y también, a muchos referentes musicales o artísticos. En el mejor sentido (en el buen sentido), recordando a pedazos de Rayuela.

—¡Que no hayas conocido a tu padre, no significa que su muerte no te pertenezca! Espera la revelación, cuando el sol sea atado a la piedra. —Respondió Federico, satírico a Alejandra.

La respuesta la desveló, de tal forma sus pretensiones de venganza: quedaron en evidencia. Solo pulía su arma: el lenguaje. Esperaba despejar sus dudas, bajo el fuego de la opinión del otro. Desde que descubrió la mutilación de su árbol genealógico, causa de su hipocondría pasiva, inició una titánica labor por hallar “el machete” que había perdido en las profundas aguas de su inconsciente.

—¡Duérmeme, mi amor! —dijo Federico, acariciándole la espalda y clavando inquisitivamente, sus ojos en la mirada perdida de su chica; como si de esta manera le sujetara en sus divagaciones.

Unos días antes había llegado Federico a Argentina.

—Jorge Luis Borges —Le respondió tras el teléfono. ...Querida, el viejo pasó hasta los cincuenta años en casa de su madre. ¿Tú que crees? ¡Le faltó un pelo para morirse sin gloria!

Alejandra tenía cita en la biblioteca Nacional de Buenos Aires, para presentar su tercera novela. Los nervios aún le asaltaban desde la primera vez que leyó en una librería de bajo perfil, en la sexta con 23, en su Pereira natal; tres roncos le alentaron los ánimos. Amigos y familiares le acompañaron mientras vomitaba la manzana podrida de los malditos. Rimbaud la había poseído, hasta dejarla en un barco de ebriedad. Fueron días de poesía ingenuamente maldita; un redescubrirse. Ahora, daba un paseo por “La Recoleta”. Un cigarrillo

despejaba el tiempo para la cita. Tuvo la idea de encontrar poetas allí enterrados. Solo reconoció a Macedonio Fernández al lado de Oliverio Girondo; otro grande de la literatura argentina. Recordó el film: *Del Lado Oscuro del Corazón*, cuando pagaba una boleta insignificante, en el mejor cine independiente de su ciudad, el “Cine Club Borges”.

Pasó meditativa por la tumba de “La Dama Blanca”; una leyenda del cementerio. Los argentinos acostumbran tener una leyenda por cada lugar: “Dícese de una joven que la enterraron viva con su vestido de novia, y todas las noches deambula por el cementerio”. Cuento de vigilantes... Alejandra se burlaba al escuchar las circunstancias, un poco con espanto.

—“...Me senté junto a su cadáver. Una estopa de nylon negro cubría su cuerpo, no totalmente, un ala dejaba ver su linaje. Era nuestro cacique. Uno de los últimos cóndores de vuelo largo. El más grande, podría decirse. Un pueblo moría tras él. Las alas de la memoria habían sido arrancadas a machetazos. La sangre clarita, se tornaba en lluvia. De sus piernas un volcán desprendía su rugido. Su cuerpo extendía el hálito de cientos de guerreros. Lloré sobre él, hasta pararme siendo otra. El alma despercudida, reclamaba su descendencia, su paso infinito. El río Cauca pasaba dejando un rastro de caléndulas en el aire. Una luna se cernía como nave en el horizonte; su ojo blanco cubría la noche para transportarlo en su sueño. No pudieron quitarnos nada, pensaron que sus fusiles disparaban glorias. Solo fue el tambor de la pólvora augurando el

* Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana; Licenciada en Español y Literatura por la Universidad Tecnológica de Pereira. <ecoviaagrado@gmail.com>.

levantamiento. Desde la guerra de la conquista, el destino pactado, no volveríamos a ser los mismos. Hasta un pleno despertar”.

Alejandra había quedado de verse con Federico a las 7 p.m. Recordó la amonestación sobre la puntualidad. Partió en un taxi. “Please, don’t go”; suena la radio. El taxista le sube. “¿No es gobierno, no es color, no es honor?” –Pensó mientras se retocaba el rostro. Llegó quince minutos antes de la cita y Federico estaba en el hall. Vestía camiseta fresca y bermudas cortas que dejaban al descubierto sus piernas velludas.

—Si me preguntas qué opino, estoy con el Cancionero y romancero de ausencias de Miguel Hernández. Tú, Federico, fuerza mía, no te quedas lejos.

—¡Claro que sí, mi amor! Hoy también te escucho y te leo, como siempre. Gozo escuchando “Las sirenas en el valle de los caracoles”. ¡Te entiendo!

—¡Seguro! —Respondió Alejandra para calmarse— Todas las diligencias aplazadas desde el jueves hasta el lunes; esperándote, para tener justificación de empezar una semana más. En el recorrido de este año llevo treinta y seis semanas esperando lo mismo ¡To you!

—Alejandra, ¿Está lloviendo? [...] Afuera escucho el aleteo de las palomas que empiezan a colgarse de los cables de luz.

“[...]Tu susurro, mientras abres los ojos para observarte mejor disfraza la noche con la dulce melodía: “Guns and Roses”, del sonido de la radio...”. Quiero que esta edición sea sobre: magia, zen, árbol, nuestra paz”. —Se extendió Alejandra sobre sus apuntes—.

—Nuestra paz, siempre está en proceso[...] — Exhausto, Federico dejó caer los lentes sobre la mesa. Dejó escapar un gemido.

Alejandra estaba tan ajena. Federico sudaba copiosamente; le atenazaba. Le había sujetado igual que a un seno materno, en medio de la soledad. Compartían espacios, escritura y economía.

Transcurrían las últimas semanas para definirse las alternativas de especialización. La relación entre los dos se encontraba en un estado de profunda confusión, intentaban confrontar sus cambios reviviendo las percepciones de cada momento.

Alejandra no entendía por qué le gustaba tanto ese chico; incluso cuando le parecía un poeta de: “poca cabeza y mucho de corazón”. Lo había dado todo por conquistarla. Ambos eran una sola fuerza en la editorial ¡Tan poderosa!

Bastaba para romperlo todo he irse en cápsula de colores; en risas esperpénticas y caparazones de pieles. Vivir sin negarse alguna compasión. La editorial era una profunda anarquía. Un mar desconocido de emociones para llegar a la esencia de un solo continente: Abya Yala territorio donde confluyen todas las sangres, todos los pensamientos. Y aunque buscase una separación de los demás, su encuentro era el otro. “Viento Sonriente”, como se llamaba la editorial fantasma de todos. Federico lo sabe, a nadie le puede ser indiferente la posibilidad de publicarse en forma independiente. Todos fueron atravesados por su fugaz presencia. Tocando las fibras de una madre de cemento y tierra como era Pereira.

—Para nosotros no existe la protección de la máscara. Si se sintiera la bondad de la Mona Lisa, ¡vaya! Federico que te jodes los sesos en debutar entre mamotretos de la historia.

Una soledad compartida. Le acaricia la espalda consolándola, esperando que voltee, para verla a los ojos.

—Todos los días llevo haciendo el trabajo de campo en el pueblo. Quiero explicar qué hace a las personas inmensamente felices o inmensamente tristes. Perdóname el adjetivo. ¡Es una deuda! Parece que la editorial espera un pronóstico contundente de la historia. No sé si al final, después de largas jornadas no hay nada que preguntar.

—¡Alejandra, todo el tiempo tengo miedo! [...] Solo quedará la lluvia. La editorial tiene que continuar adelante; es ridículo, son las 12:20 de la noche y trato de explicarte todo esto. —Todos los días le pide a Alejandra que se quede tan solo un rato.

Se encuentran allí, cruzando de la habitación al baño. Tratan de evitar cumplir las asperezas que da la convivencia. La magia filantrópica. Amanecer con ganas de mandarlo todo por el excusado. Esperan el movimiento; sí, ese movimiento que no permite pensar en las cosas perdidas, sino en el incesante cambio presente. Ella ignora que

Federico fuese del “Colectivo de los ufanadores”. Es un hombre delgado, afeminado, siempre lleva su libreta de apuntes en su mochila guajira. Tiene mirada de gato Sherck; esconde su marrullería. Ella lo sabe. Lleva los pantalones roídos y una bufanda que le engalana, sin disfrazarle. Su nobleza es intachable, generosa; heredada de principios. Nunca se dan por enterados quién es el otro en soledad o, con amigos. Aún no podía explicarse la mirada que le lanzó la primera vez; era un viajero solitario que había hospedado sus ilusiones en su equipaje más liviano, constituido por su imaginación y una cámara fotográfica; ambas cosas, una extraña coincidencia con el tipo de hombre que Alejandra buscaba. Había llegado a la clase de: “Ética de la educación”.

Simpático y hablador, discutía con Alejandra sobre el principio del ideal humanista; advertía que la filosofía egocentrista de Platón ha dominado el pensamiento de Occidente; “[...]idea que nació de los griegos y, mucho después sería auspiciada por el renacimiento, como símbolo de la raza humana, sobre el curso natural de la vida, el pienso y luego existo a la deriva[...].” –¡Falsas pretensiones! –Respondía Alejandra. Recordaba a su madre, una moralista de antiguo, que le explicaba: “[...]Valdría por comenzar a trabajar y dejarte de metafísicas, ¡el mismo repertorio! [...] ya pareces una caja de Pandora. ¡Déjate de joder por otros! Y, termina la carrera; el tío no dará un peso más, si no ve resultados[...].”

—¡Mira la novela! [...] “La última mujer”. Una misma con el olor y lo que se es”. Anuncian en la TV.

Alejandra podía acercarse un poco a una palabra por semana, para al final encontrarse en “el lugar común” del cual, en estos tiempos, nadie se salva. Una cultura de palimpsestos y sermonistas de culto. Los ufanadores salían en las pantallas. —Cada uno, te obsequiaba: emoticones, links de música, invitaciones y eventos literarios.

—Hay trescientas mil razones para no terminar en la historia, una de ellas es morir como héroe en la batalla más absurda, aunque su nombre sea un apócrifo sobre baldosa fría. –Federico le había recibido con tanta insistencia que ambos congeniaban en sus historias. (Aunque como dice Meira del Mar: “Sabe Dios qué poeta distraído dejó que se le fuera una palabra”)–.

—¡Te equivocas! Una de ellas es pasar los más re-

dondos culos a la historia. No te preocupes Federico, se puede ser ingeniero de vidas en la literatura; se construyen paquetes de cartón, la metafísica de la eficiencia [...] querido.

Sobre las tejas de zinc la lluvia agitando el techo revienta su candente música; como lagos sobre cabezas de desprevenidos transeúntes, se balancea sobre los nervios de la ciudad. Inquieto, Federico abrió la puerta para salir al corredor, observar la noche y controlar la angustia. Compasiva, Alejandra le toma por las manos.

—[...]“Todo debe estar acorde con el conjunto del mundo[...].” Antífona de los evangelios de Whitmann –Subrayó Alejandra– [...] Aunque haya falsedad en documento privado[...]; el robot envió imágenes de su forma: Beatriz...nombre sobre todo nombre; inmortalizado en un lobo hombre en París[...].” ¡Eso está mejor! [...] ¿qué miras?

—¡Relampaguea con toda! ¿Si escuchaste? ¡yeah! [...] sentí la electricidad en los pelos de la cabeza.

—¡Eso no es conmigo! Prefiero naufragar con mi soledad y poesía.

—Quiero observar la tormenta un rato más. Mira ¡Cómo el viento zumba las palmeras! [...] Ahora todo parece que se hubiera congelado en un árbol artificial y la decoración fueran vagones esperando lugar.

—Ven acuéstate conmigo, te acariciaré la cabeza. Tales sentimientos son de un niño cuando le asalta el sentido del heroísmo. Le calma Alejandra.

—Huiría a contemplar las cumbres sin propiedad del sueño. Nunca pensé encontrarme ante tantas contradicciones. Hoy pienso fuerte; más tarde no estoy seguro y, mañana resulto llorando por temor y vacío. ¿O fue que soñaba?

—¡Vamos, toma una ducha! [...] –le aconseja Alejandra mientras sirve la última cerveza que queda en la nevera– [...] no me parece que estés tan mal tan mal my friend [...] Federico eres tú ¿Estás ahí? Estás un poco oscuro ¿No crees? Parecería hermoso, pero tal vez, no es el momento.

—Es estúpido, al fin no somos tan fuertes como pensábamos. Somos una frágil embarcación de sueños cruzando la tormenta [...] ¡Aquí estoy!